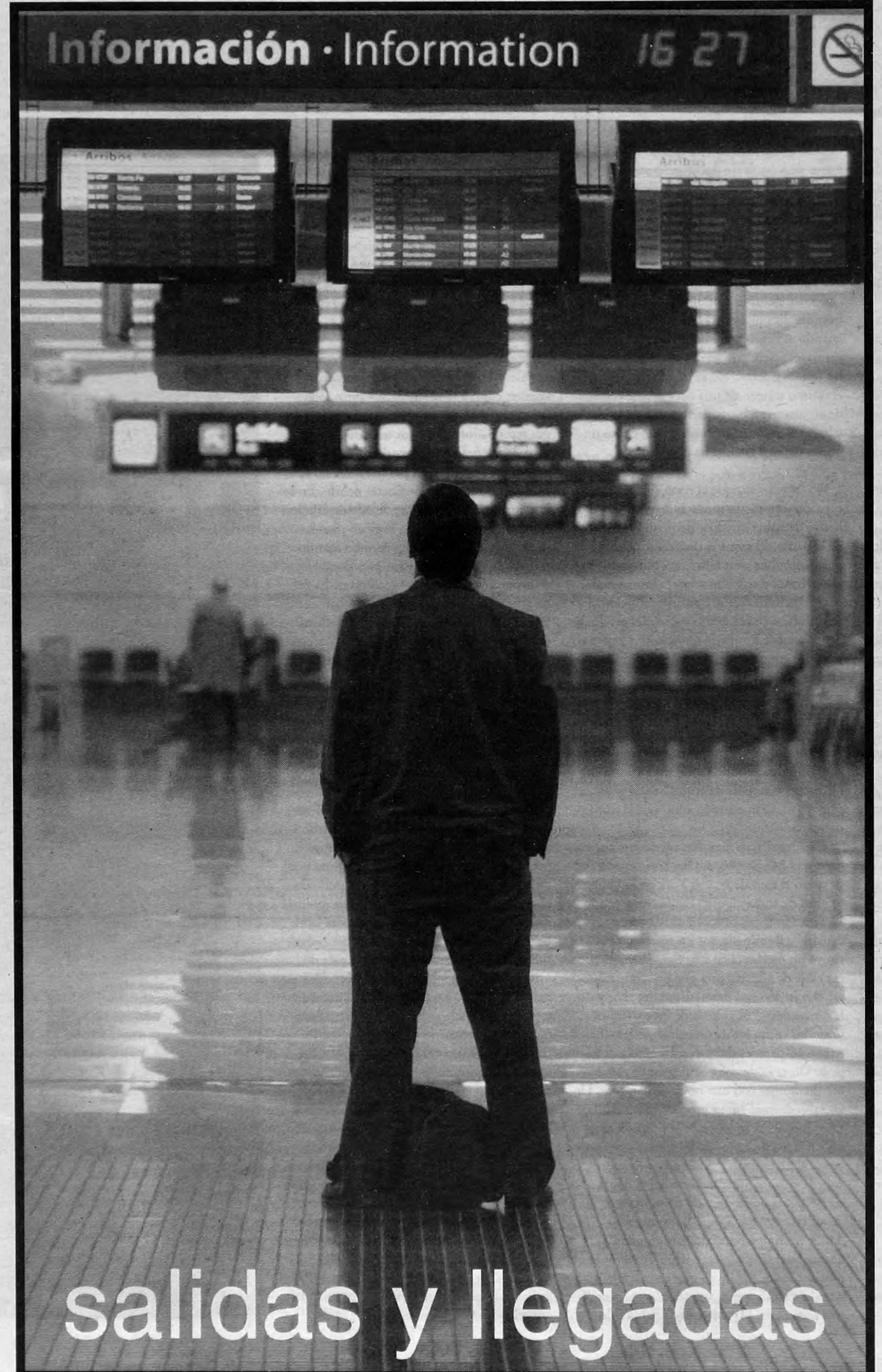


salidas y llegadas

Por Rodrigo Fresán

Los puertos, las estaciones de trenes y los aeropuertos tienen ese no sé qué. Allí el tiempo se suspende y los extremos se encuentran: por una puerta entra la pura expectativa de los que comenzarán su viaje y por la otra sale el cansancio de aquellos que vienen desde tan lejos. Pero eso no es todo: los aeropuertos y las estaciones de trenes están diseñados como funcionales –o muy incómodos– oasis y satélites donde se puede apreciar un destilado de la inalterable naturaleza humana y de las fugaces necesidades de los hombres. El bar junto al andén o el free-shop o los últimos adioses en el camarote –y el modo en que nos movemos y hablamos y pensamos en ellos– nos pueden decir más de una determinada persona que varios años de relación. Ahí está –no olvidarlo– el Antoine Doinel de Truffaut despidiendo a su hijito en *El amor en fuga* y simulando que el tren ya se ha puesto en movimiento; ahí está Bogart viendo como carretea su gran amor por la pista y adiós Casablanca, adiós; ahí está la emoción por haber conseguido sitio en la cubierta más pobre del S.S. Titanic. No es casual que haya tantas escenas de puertos, de estaciones de trenes y de aeropuertos en las películas porque unas y otros son santuarios de dramatismo y descienden directamente de los andenes de *Ana Karenina* o de la muerte en picada de *El último magnate* o de la llegada a los muelles del *Orlando* de Ariosto. Sí, junto al Jumbo o a la locomotora o el transatlántico, la mecha se enciende o se evalúan los daños de la explosión.

El norteamericano John Cheever (1912-1982) escribió muchas despedidas inolvidables y en su literatura los hombres y mujeres de Estados Unidos viajaban por su país y por Europa pensando que buscaban algo cuando en realidad estaban huyendo de todo.

Uno de sus relatos más misteriosos y líricos –publicado primero en la revista *The New Yorker* en 1962 y posteriormente recogido en el libro de cuentos *The World of Apples* y en la magna y consagratoria antología *The Stories of John Cheever*– es "Mene, Mene, Tekel, Upharsin". El título invoca el milagroso mensaje en arameo que el bíblico rey Belshazzar lee en una de las paredes de su palacio y que le advierte –"Ha sido contado y vuelto a contar, pesado y dividido"– que se aproxima el final de su mandato y de su gloria. Estas palabras le sirven a Cheever como la perfecta excusa para proponer un cuento con aeropuertos y estaciones de tren. Un cuento en cuyas paredes un viajero cansado de viajar se detiene a leer graffitis y descubrir el espanto de las ficciones inconclusas que contaminan la voluntad de sus compatriotas para comprender que ya no es posible volver a casa, que ahora sólo le quedan los lugares de donde salen o llegan los trenes y los aviones y los barcos y la tristeza de que las historias que cuentan sus paredes –al igual que los libros que suelen venderse allí– están cada vez peor escritas.

Mene, Mene, Tekel, Uphars

Por John Cheever

Al volver aquel año de Europa, viajé en un viejo DC-7 que sufrió un incendio en un motor en mitad del Atlántico. Casi todos los pasajeros estaban dormidos o drogados, y en la parte delantera del avión nadie vio las llamas salvo una chiquilla, un anciano y yo. Cuando se apagaba el fuego, el avión giró violentamente y se abrió de golpe la puerta que dabaa la cabina de la tripulación. Entonces vi que ésta y las dos azafatas llevaban los chalecos salvavidas puestos y ya inflados. Una de las azafatas cerró la puerta, pero unos minutos después salió el comandante y explicó con un susurro paternal que habíamos perdido uno de los motores y volábamos rumbo a Islandia o Shannon. Un rato más tarde volvió a aparecer y dijo que aterrizaríamos en Londres media hora más tarde. Dos horas después aterrizamos en Orly, ante la estupefacción de los que habían estado durmiendo. Embarcamos en otro DC-7 e iniciamos la travesía del Atlántico, y cuando finalmente tomamos tierra en Idlewild llevábamos alrededor de veintisiete horas de incomodísimo viaje.

Cogí un autobús a Nueva York y un taxi hasta la estación Grand Central. Eran las siete y media o las ocho de la noche y todo estaba cerrado, incluso los quioscos de periódicos, y las pocas personas que vi en la calle iban solas y tenían aspecto solitario. Hasta una hora después no había tren al lugar adonde me dirigía, de modo que entré en un restaurante próximo a la estación y pedí el *plat du jour*. El dilema de un americano expatriado que toma su primer almuerzo en un restaurante de la patria ha sido narrado tantas veces que no vale la pena hablar aquí de ello. Después de pagar la cuenta, bajé unas escaleras y entré en los servicios. El lugar tenía separaciones de mármol, iniciativa, supongo, encaminada a ennoblecer aquellos dominios. El mármol era de un color tirando a amarillento: podría haber sido un *giallo antico*, pero luego advertí fósiles paleozoicos debajo del brillante pulimento y supuse que la piedra era una madrépora. La cara más cercana del pulimento estaba cubierta de escritura. La caligrafía era legible, aunque sin personalidad ni simetría. Lo insólito era la extensión del texto y el hecho de que estaba dispuesto en forma de tablero, como las páginas de un libro. Jamás había visto yo cosa semejante. Mi instinto más profundo me incitaba a pasar por alto la inscripción y a estudiar los fósiles, ¿pero acaso la escritura del hombre no es más duradera y maravillosa que un coral paleozoico? Leí:

Ha sido un día de triunfo en Capua. Lentulus, que retorna con victoriosas águilas, ha divertido al populacho con los juegos del anfiteatro hasta un punto que no conoce precedentes, ni siquiera en esta ciudad lujosa. Los gritos de jolgorio se desvanecieron; cesaron los rugidos de los leones; se retiró de la mesa del banquete el último holgazán, y se apagaron las luces del palacio del vencedor. La luna, traspasando el tejido de las nubes lanudas, tiñe de plata las gotas de rocío del coselete del centinela romano y baña las aguas oscuras del Voltuno con una luz ondulante y trémula. Era una noche de santa calma, cuando el céfiro mece las jóvenes hojas de la primavera y susurra su soñadora música entre los juncos huecos. No se oyó nada más que el último sollozo de una ola cansada refiriendo su historia a los guijarros lisos de la playa, y luego todo quedó tan silencioso como un pecho del que el alma ha partido...

No leí más, aunque el texto seguía. Estaba cansado y en cierto modo indefenso por el hecho de haber estado ausente durante años de la patria. El cúmulo de circunstancias que pudo impulsar a un hombre a transcribir sobre mármol este galimatías era inimaginable. ¿Era indicio de que se habían producido ciertos cambios en el ámbito social o el resultado de una nueva forma de represión? ¿O no pasaba de ser un simple ejemplo de que el amor humano por la prosa florida es irresistible? La sonoridad del fragmento poseía la tenacidad de la mala música y era difícil olvidarla. ¿Se había operado durante mi ausencia un cambio profundo en la psique de mis compatriotas? ¿Se había producido alguna ruptura en los cauces normales de comunicación, había surgido un desmesurado amor por el romántico pasado?

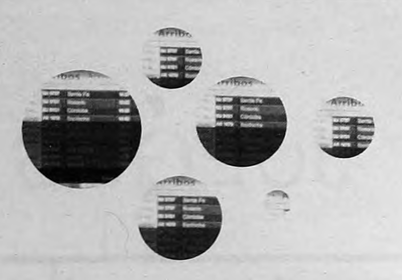
Pasé los siete o diez días siguientes viajando por el Medio Oeste. Una tarde estaba esperando el tren de Nueva York en la Union Station de Indianápolis. Venía con retraso. La estación local, proporcionada como una catedral e iluminada por un rosetón, constituye un melancólico y brillante ejemplo de esa clase de arquitectura que pretende expresar el misterio y el dramatismo del viaje y de la separación. Los colores de los rosetones, límpidos como los de un caleidoscopio, bañaban las paredes de mármol y la sala de espera. Un rayo de color azul lavanda caía sobre una mujer con una bolsa de compras. Un anciano dormía en un pozo de luz amarilla. Entonces vi un letrero que indicaba el camino hacia los urinarios de hombres, y me pregunté si no encontraría allí otra muestra de aquella curiosa literatura que había descubierto pocas horas después de mi regreso. Bajé por las escaleras a un sótano cavernoso donde un limpiabotas dormía en una silla. Las paredes también eran de mármol. Mármol corriente, piedra caliza ordinaria: silicato de calcio y magnesio, veteado de una metalífera mena gris. Mi corazonada había sido certera. La escritura recubría la piedra, y al primer vistazo poseía una sorprendente oportunidad, pues recordaba el hecho de que las más primitivas profecías y escritos humanos se hicieron en las paredes. La caligrafía era clara y simétrica, obra de alguien dotado de una mente ordenada y una mano firme. Ruego al lector que trate de imaginar la luz nociva, el aire viciado y el ruido del agua que corre mientras yo leía:

La gran casa solariega de Wallowyck se yergue sobre una colina que domina la humeante ciudad fabril de X; sus incontables ventanas divididas por parteluces parecen fisgar reprobadoramente los tenebrosos y estrechos callejones de los tugurios que se extienden desde las verjas del parque hasta las fábricas humeantes de las riberas del río. En los linderos de aquel parque poblado de árboles, sin que míster Wallow lo supiera, pasé las horas más gratas de mi juventud, vagando por allí con un tirador y un saco donde transportar mis muestras geológicas. La colina y su prohibido santuario se alzaban entre la escuela donde yo estudiaba y el cuchitril donde vivía con mi madre enferma y mi padre borracho. Todos mis amigos tomaban la senda ordinaria alrededor de la colina; sólo yo escalaba los muros de Wallow Park y pasaba las tardes en la propiedad vedada.

Hoy sigo considerando muy queridos los céspedes, los grandes árboles, el rumor de las fuentes y la solemne atmósfera de una dinastía. Los Wallow no tenían blasones, por supuesto, pero contrataron escultores que improvisaron centenares de escudos y timbres aparentemente señoriales vistos desde lejos, pero que se reducían a modestas formas geométricas examinados de cerca. Así pues, las chimeneas, verjas, torres y bancos de jardín ostentaban aquellos escudos de piedra labrada. Otra tarea de los escultores había consistido en representar a Emily, hija única de míster Wallow. Había Emilys en bronce y en mármol, Emilys personificando las cuatro estaciones, los cuatro vientos, las cuatro horas del día y las cuatro virtudes cardinales. En un sentido, Emily era mi única compañía. Entraba en la finca en otoño, contemplando la rica policromía que proyectaban los árboles sobre la hierba. Entraba allí cuando reinaba la glacial nieve. Buscaba los primeros indicios de la primavera y olfateaba el fino perfume del humo de leña que despedían las numerosas chimeneas talladas de la regia casa y subía a lo alto. Un día de primavera, cuando erraba por aquel paraje, oí una voz de muchacha que gritaba socorro. Seguí la voz hasta la orilla de un arroyuelo y encontré a Emily. Sus hermosos pies estaban desnudos, y aferradas a ellos, como malévolas cadenas, se veían las retorcidas formas de una víbora.



Mene, Mene, Tekel, Upharsin



Por John Cheever

Al volver aquel año de Europa, viajé en un viejo DC-7 que sufrió un incendio en un motor en mitad del Atlántico. Casi todos los pasajeros estaban dormidos o drogados, y en la parte delantera del avión nadie vio las llamas salvo una chiquilla, un anciano y yo. Cuando se apagaba el fuego, el avión giró violentamente y se abrió de golpe la puerta que dabaa la cabina de la tripulación. Entonces vi que ésta y las dos azafatas llevaban los chalecos salvavidas puestos y ya inflados. Una de las azafatas cerró la puerta, pero unos minutos después salió el comandante y explicó con un susurro paternal que habíamos perdido uno de los motores y volábamos rumbo a Islandia o Shannon. Un rato más tarde volvió a aparecer y dijo que aterrizaríamos en Londres media hora más tarde. Dos horas después aterrizamos en Orly, ante la estupefacción de los que habían estado durmiendo. Embarcamos en otro DC-7 e iniciamos la travesía del Atlántico, y cuando finalmente tomamos tierra en Idlewild llevábamos alrededor de veintisiete horas de incomodísimo viaje.

Cogí un autobús a Nueva York y un taxi hasta la estación Grand Central. Eran las siete y media o las ocho de la noche y todo estaba cerrado, incluso los quioscos de periódicos, y las pocas personas que vi en la calle iban solas y tenían aspecto solitario. Hasta una hora después no había tren al lugar adonde me dirigía, de modo que entré en un restaurante próximo a la estación y pedí el *plat du jour*. El dilema de un americano expatriado que toma su primer almuerzo en un restaurante de la patria ha sido narrado tantas veces que no vale la pena hablar aquí de ello. Después de pagar la cuenta, bajé unas escaleras y entré en los servicios. El lugar tenía separaciones de mármol, iniciativa, supongo, encaminada a ennoblecer aquellos dominios. El mármol era de un color tirando a amarillento: podría haber sido un *giallo antico*, pero luego advertí fósiles paleozoicos debajo del brillante pulimento y supuse que la piedra era una madrépora. La cara más cercana del pulimento estaba cubierta de escritura. La caligrafía era legible, aunque sin personalidad ni simetría. Lo insólito era la extensión del texto y el hecho de que estaba dispuesto en forma de tablero, como las páginas de un libro. Jamás había visto yo cosa semejante. Mi instinto más profundo me incitaba a pasar por alto la inscripción y a estudiar los fósiles, ¿pero acaso la escritura del hombre no es más duradera y maravillosa que un coral paleozoico? Leí:

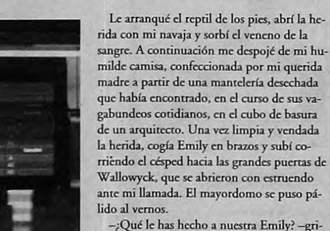
Ha sido un día de triunfo en Capua. Lentulus, que retorna con victoriosas águilas, ha divertido al populacho con los juegos del anfiteatro hasta un punto que no conoce precedentes, ni siquiera en esta ciudad lujosa. Los gritos de jolgorio se desvanecieron; cesaron los rugidos de los leones; se retiró de la mesa del banquete el último holgazán, y se apagaron las luces del palacio del vencedor. La luna, traspasando el tejido de las nubes lanudas, tiñe de plata las gotas de rocío del coselete del centinela romano y baña las aguas oscuras del Voltuno con una luz ondulante y trémula. Era una noche de santa calma, cuando el céfiro mece las jóvenes hojas de la primavera y susurra su soñadora música entre los juncos huecos. No se oyó nada más que el último sollozo de una ola cansada refiriendo su historia a los guijarros lisos de la playa, y luego todo quedó tan silencioso como un pecho del que el alma ha partido...

No leí más, aunque el texto seguía. Estaba cansado y en cierto modo indefenso por el hecho de haber estado ausente durante años de la patria. El cúmulo de circunstancias que pudo impulsar a un hombre a transcribir sobre mármol este galimatías era inimaginable. ¿Era indicio de que se habían producido ciertos cambios en el ámbito social o el resultado de una nueva forma de represión? ¿O no pasaba de ser un simple ejemplo de que el amor humano por la prosa florida es irresistible? La sonoridad del fragmento poseía la tenacidad de la mala música y era difícil olvidarla. ¿Se había operado durante mi ausencia un cambio profundo en la psique de mis compatriotas? ¿Se había producido alguna ruptura en los cauces normales de comunicación, había surgido un desmesurado amor por el romántico pasado?

Pasé los siete o diez días siguientes viajando por el Medio Oeste. Una tarde estaba esperando el tren de Nueva York en la Union Station de Indianápolis. Venía con retraso. La estación local, proporcionada como una catedral e iluminada por un rosetón, constituye un melancólico y brillante ejemplo de esa clase de arquitectura que pretende expresar el misterio y el dramatismo del viaje y de la separación. Los colores de los rosetones, límpidos como los de un caleidoscopio, bañaban las paredes de mármol y la sala de espera. Un rayo de color azul lavanda caía sobre una mujer con una bolsa de compras. Un anciano dormía en un pozo de luz amarilla. Entonces vi un letrero que indicaba el camino hacia los urinarios de hombres, y me pregunté si no encontraría allí otra muestra de aquella curiosa literatura que había descubierto pocas horas después de mi regreso. Bajé por las escaleras a un sótano cavernoso donde un limpiabotas dormía en una silla. Las paredes también eran de mármol. Mármol corriente, piedra caliza ordinaria: silicato de calcio y magnesio, veteado de una metalífera mena gris. Mi corazonada había sido certera. La escritura recubría la piedra, y al primer vistazo poseía una sorprendente oportunidad, pues recordaba el hecho de que las más primitivas profecías y escritos humanos se hicieron en las paredes. La caligrafía era clara y simétrica, obra de alguien dotado de una mente ordenada y una mano firme. Ruego al lector que trate de imaginar la luz nociva, el aire viciado y el ruido del agua que corre mientras yo leía:

La gran casa solariega de Wallowyck se yergue sobre una colina que domina la humeante ciudad fabril de X; sus incontables ventanas divididas por parteluces parecen fisgar reprobadoramente los tenebrosos y estrechos callejones de los tugurios que se extienden desde las verjas del parque hasta las fábricas humeantes de las riberas del río. En los linderos de aquel parque poblado de árboles, sin que míster Wallow lo supiera, pasé las horas más gratas de mi juventud, vagando por allí con un tirador y un saco donde transportar mis muestras geológicas. La colina y su prohibido santuario se alzaban entre la escuela donde yo estudiaba y el cuchitril donde vivía con mi madre enferma y mi padre borracho. Todos mis amigos tomaban la senda ordinaria alrededor de la colina; sólo yo escalaba los muros de Wallow Park y pasaba las tardes en la propiedad vedada.

Hoy sigo considerando muy queridos los céspedes, los grandes árboles, el rumor de las fuentes y la solemne atmósfera de una dinastía. Los Wallow no tenían blasones, por supuesto, pero contrataron escultores que improvisaron centenares de escudos y timbres aparentemente señoriales vistos desde lejos, pero que se reducían a modestas formas geométricas examinados de cerca. Así pues, las chimeneas, verjas, torres y bancos de jardín ostentaban aquellos escudos de piedra labrada. Otra tarea de los escultores había consistido en representar a Emily, hija única de míster Wallow. Había Emilys en bronce y en mármol, Emilys personificando las cuatro estaciones, los cuatro vientos, las cuatro horas del día y las cuatro virtudes cardinales. En un sentido, Emily era mi única compañía. Entraba en la finca en otoño, contemplando la rica policromía que proyectaban los árboles sobre la hierba. Entraba allí cuando reinaba la glacial nieve. Buscaba los primeros indicios de la primavera y olfateaba el fino perfume del humo de leña que despedían las numerosas chimeneas talladas de la regia casa y subía a lo alto. Un día de primavera, cuando erraba por aquel paraje, oí una voz de muchacha que gritaba socorro. Seguí la voz hasta la orilla de un arroyuelo y encontré a Emily. Sus hermosos pies estaban desnudos, y aferradas a ellos, como malévolas cadenas, se veían las retorcidas formas de una víbora.



Le arranqué el reptil de los pies, abrí la herida con mi navaja y sorbí el veneno de la sangre. A continuación me despojé de mi humilde camisa, confeccionada por mi querida madre a partir de una mantelería desechada que había encontrado, en el curso de sus vagabundeos cotidianos, en el cubo de basura de un arquitecto. Una vez limpia y vendada la herida, cogía Emily en brazos y subí corriendo el césped hacia las grandes puertas de Wallowyck, que se abrieron con estruendo ante mi llamada. El mayordomo se puso pálido al vernos.

–¿Qué le has hecho a nuestra Emily? –gritó.

–Lo único que ha hecho es salvarme la vida –dijo Emily.

De las penumbras de la sala emergió el barbudo e implacable míster Wallow.

–Gracias por haber salvado la vida de mi hija –dijo con voz ronca. Luego me miró más detenidamente y vi lágrimas en sus ojos–. Algún día serás recompensado -agregó–. Y llegará ese día.

El estado de mi camisa de hilo me obligó esa noche a contar la aventura a mis padres. Mi padre estaba borracho, como de costumbre.

–¡Esa bestia no te va a dar ninguna recompensa! –bramó–. ¡Ni en este mundo ni en el cielo ni en el infierno!

–Por favor, Ernest –suplicó mi madre, suspirando, y yo fui hacia ella y cogí entre las mías sus manos secas por la fiebre.

Borracho y todo, se diría que por la boca de mi padre había hablado la verdad, pues, en los años que siguieron, no recibí deferencia, señal de cortesía, el más mínimo recuerdo ni la menor muestra de agradecimiento de la gran mansión de la colina.

En el austero invierno del año 19..., míster Wallow cerró las fábricas, en un gesto vengativo ante mis esfuerzos por organizar un sindicato obrero. El silencio de las factorías –aquellas chimeneas sin humo– fue un duro golpe en el corazón de la localidad de X. Mi madre estaba agonizando. Mi padre se sentaba a beber en la cocina. La enfermedad, el frío y el hambre reinaban en todas las casuchas. La nieve de las calles, no maculada por el humo fabril, tenía una blancura acusadora. La víspera de Navidad encabecé la delegación sindical que –muchos hombres apenas podían caminar– se presentó ante las grandiosas puertas de Wallowyck y tocó el timbre. Emily estaba en el umbral cuando se abrieron las puertas.

–¡Tú! –exclamó–. Tú que me salvaste la vida, ¿por qué quieres ahora matar a mi padre?

Las puertas se cerraron con un estruendo.

Esa noche conseguí reunir algo de cereales y preparé gachas para mi madre. Estaba llevando a sus escuálidos labios cucharadas de comida cuando la puerta se abrió y entró Jeffrey Ashmead, el abogado de Wallow.

–Si ha venido a denunciarme por la manifestación de esta tarde en Wallowyck, pierde el tiempo –dije–. No hay en la tierra sufrimiento más grande que el que ahora padecemos, mientras veo cómo se muere mi madre.

–He venido para hablar de otro asunto –respondió–. Míster Wallow ha muerto.

–¡Larga vida a míster Wallow! –gritó mi padre desde la cocina.

–Acompáñeme, por favor –dijo el abogado.

–¿De qué quiere hablarme, míster?

–Es usted el heredero de míster Wallow, de sus minas, sus fábricas y su dinero.

–No comprendo.

Mi madre exhaló un penetrante sollozo. Tomó mis manos entre las suyas y dijo:

–¡La verdad del pasado no es más penosa que la de nuestra triste vida! He querido ocultártelo durante todos estos años, pero la verdad es que eres su único hijo. De joven yo servía a la mesa en la gran mansión, y él se aprovechó de mí una noche de verano. Eso contribuyó a la destrucción de tu padre.

–Le acompañaré, señor –dije a míster Ashmead–. ¿Lo sabe miss Emily?

–Miss Emily se ha ido.

Regresé esa noche a Wallowyck y traspasé sus magnas puertas en calidad de dueño. Pero Emily no estaba allí. Antes de la llegada del día de Año Nuevo, ya había enterrado a mis padres, reabierto las fábricas con un régimen de participación en los beneficios y llevado la prosperidad a laciudad de X, pero al vivir en Wallowyck conocí una soledad que jamás había experimentado antes...

Me horroricé, por supuesto, y me sentí enfermo. Lo prosaico de mi entorno convirtió en nauseabunda la puerilidad del relato. Volví rápidamente a la noble sala de espera, con sus límpidos paneles de luz coloreada, y me senté junto al expositor de libros de bolsillo. Las cubiertas sensacionalistas y las promesas de descripciones gráficas del comercio sexual parecían concordar con lo que acababa de leer. Supongo que lo que había ocurrido era que, a medida que la pornografía pasaba a formar parte del dominio público, aquellas paredes de mármol, aquellas inmemoriales sedes de semejante diversidad, se habían visto obligadas a proteger, en defensa propia, la más refinada tarea literaria. Consideré la idea desconcertante y revolucionaria, y me pregunté si en uno o dos años más habría que leer la poesía de Sara Teasdale en los urinarios públicos, mientras el rey de Suecia honraría a cualquier zafio de pensamientos sucios. Llegó mi tren y me alegré de abandonar Indianápolis y dejar –así lo esperaba– mi hallazgo en el Medio Oeste.

Fui al vagón restaurante y tomé una copa. Enfilamos a toda velocidad hacia el este a la altura de Indiana, asustando a vacas y gallinas, caballos y cerdos. La gente saludaba con la mano al tren según pasaba: una chiquilla con una muñeca boca abajo, un anciano en una silla de ruedas, una mujer de pie en la puerta de una cocina con rulos en el pelo, un joven sentado en un camión de transporte. Sentí que el tren brincaba hacia delante en las rectas, oí sus pitidos, la campana de peligro en los pasos a nivel estallaba como una trombosis coronaria y las junturas de las vías ejecutaban un bajo de jazz versátil, estimulante y fugaz como una brillante improvisación en el latido de un corazón, y el viento resonaba en la caja de frenos como las últimas, roncas grabaciones de la pobre Billie Holiday. Tomé dos tragos más. Cuando abrí la puerta del retrete del coche-cama contiguo y vi que las paredes estaban recubiertas de escritura, reaccioné como si estuviera recibiendo muy malas noticias.

No quería leer nada más; no en aquel momento, Wallowyck ya me bastaba para un día. Lo único que quería era volver al vagón restaurante, beber algo y afianzar mi saludable indiferencia por las fantasías de aquellos desconocidos. Pero el texto estaba allí, era irresistible, se diría que formaba parte de mi destino; y, aunque lo leí con amarga desgana, terminé el primer párrafo. Lo más destacado era la caligrafía.

¿Por qué no tienen un geranio en su ventana todos aquellos que pueden permitirse el lujo? Es muy barato. Incluso resulta casi gratuito si se cultiva a partir de una semilla o un esqueje. Es hermoso, y acompaña. Endulza el aire, regocija la vista, nos vincula con la naturaleza y la inocencia, y podemos amarlo. Y aunque el geranio no puede corresponder a nuestro amor, tampoco nos odia, le es imposible proferir un reproche odioso ni siquiera en el caso de que lo descuidemos, porque es todo belleza, carece de vanidad, y siendo así y teniendo en cuenta que su existencia sólo es capaz de procurarnos bien y complacernos, ¿cómo podríamos descuidarla? Pero, por favor, si elige un geranio...

Cuando volví al bar, oscurecía ya. Me sentí trastornado por aquellos sentimientos tiernos y deprimido por la general melancolía del campo a aquella hora. Lo que había leído ¿era la expresión de un irrefrenable amor por el rebuscamiento y la inocencia? Fuera lo que fuese, sentí entonces la clara responsabilidad de contar lo que había descubierto. Nuestro conocimiento de nosotros mismos y de los demás, en un momento histórico de volubles cambios, es inseguro. Poner trabas a nuestras observaciones, curiosidad y meditación sería pura temeridad. El tercer hallazgo fortuito me demostró que este tipo de literatura estaba muy extendido. Si tales extravagancias fuesen registradas y valoradas, pensé podrían esclarecerenormemente el misterio de nuestra psique y acercarnos un poco más al mundo secreto de la verdad. Mi investigación tenía aspectos nada convencionales, pero, si nos conformamos con menos que perspicacia, valentía y honradez para con nosotros mismos, somos despreciables. Tengo seis amigos que trabajan para diversas fundaciones, y decidí llamar su atención sobre el fenómeno de los escritos en los urinarios públicos. Sabía que habían otorgado becas para poesía, investigación zoológica, estudios sobre la historia de las vidrieras y sobre el significado social de los tacones altos, y en aquel momento el hábito de escribir en los urinarios parecía ser un sendero –uno de los muchos caminos de la verdad– que exigía exploración.

Al volver a Nueva York concerté una comida con mis amigos en cierto restaurante situado en una de las calles Sesenta que tenía comedor privado. Pronuncié mi discurso al final de la comida. Mi mejor amigo fue el primero en contestar.

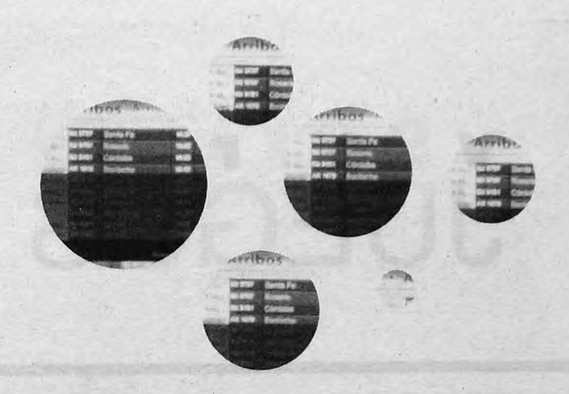
–Has estado fuera demasiado tiempo –dijo–. Ya no estás en onda con el país. Aquí no nos interesan esas cosas. Hablo por mí, naturalmente, pero creo que la idea es repulsiva.

Eché una ojeada a mi propio aspecto y vi que llevaba un chaleco de seda cruzado y zapatos puntiagudos amarillos, y supuse que mis palabras habían tenido el tono amanerado y monótono de la mayoría de los expatriados. Las acusaciones de mi amigo –la idea era forastera, extraña e indecente– parecían inapelables. Pensé entonces (y sigo pensándolo ahora) que lo que le desconcertaba no era lo indecoroso de mi descubrimiento, sino el carácter explosivo que éste tenía, y que mi amigo se había sumado durante mi ausencia a las filas de esos hombres nuevos que opinan que ya no se puede utilizar la verdad en la resolución de nuestros dilemas. Se despidió y los demás se fueron marchando uno tras otro, todos ellos de acuerdo en que yo había estado fuera demasiado tiempo y estaba desfasado con respecto a la decencia y al sentido común.

Regresé a Europa pocos días después. El avión a Orly despegó con retraso; maté el tiempo en el bar, y en un momento dado busqué los urinarios. Esta vez el mensaje estaba escrito sobre un azulejo. "¡Brillante Estrella!", leí, "si yo fuera constante como tú, la noche no pendería en el aire con solitario esplendor..." Eso era todo. Anunciaron mi vuelo y volé por los aleros del cielo de regreso a la ciudad de la luz. ●

Reproducido por gentileza de Editorial Bruguera.

n



Le arranqué el reptil de los pies, abrí la herida con mi navaja y sorbí el veneno de la
gre. A continuación me despojé de mi hu-
lde camisa, confeccionada por mi querida
dre a partir de una mantelería desechada
e había encontrado, en el curso de sus va-
bundeos cotidianos, en el cubo de basura
un arquitecto. Una vez limpia y vendada
herida, cogía Emily en brazos y subí co-
endo el césped hacia las grandes puertas de
allowyck, que se abrieron con estruendo
e mi llamada. El mayordomo se puso pá-
o al vernos.

–¿Qué le has hecho a nuestra Emily? –gri-

–Lo único que ha hecho es salvarme la vi-
–dijo Emily.

De las penumbras de la sala emergió el
rbudo e implacable míster Wallow.

–Gracias por haber salvado la vida de mi
a –dijo con voz ronca. Luego me miró
is detenidamente y vi lágrimas en sus
os–. Algún día serás recompensado -agre-
–. Y llegará ese día.

El estado de mi camisa de hilo me obligó
noche a contar la aventura a mis padres.
i padre estaba borracho, como de costum-
e.

–¡Esa bestia no te va a dar ninguna recom-
nsa! –bramó–. ¡Ni en este mundo ni en el
lo ni en el infierno!

–Por favor, Ernest –suplicó mi madre, sus-
rando, y yo fui hacia ella y cogí entre las
as sus manos secas por la fiebre.

Borracho y todo, se diría que por la boca
mi padre había hablado la verdad, pues,
los años que siguieron, no recibí deferen-
, señal de cortesía, el más mínimo recuer-
ni la menor muestra de agradecimiento de
gran mansión de la colina.

En el austero invierno del año 19..., míster
allow cerró las fábricas, en un gesto venga-
o ante mis esfuerzos por organizar un sin-
cato obrero. El silencio de las factorías
quellas chimeneas sin humo– fue un duro
lpe en el corazón de la localidad de X. Mi
adre estaba agonizando. Mi padre se senta-
a beber en la cocina. La enfermedad, el
o y el hambre reinaban en todas las casu-
as. La nieve de las calles, no maculada por
humo fabril, tenía una blancura acusadora.
víspera de Navidad encabecé la delegación
dical que –muchos hombres apenas podí-
caminar– se presentó ante las grandiosas
ertas de Wallowyck y tocó el timbre.
nily estaba en el umbral cuando se abrie-
n las puertas.

–¡Tú! –exclamó–. Tú que me salvaste la vi-
, ¿por qué quieres ahora matar a mi padre?
Las puertas se cerraron con un estruendo.
Esa noche conseguí reunir algo de cereales
preparé gachas para mi madre. Estaba lle-
ndo a sus escuálidos labios cucharadas de comida cuando la puerta se abrió y entró Jeffrey Ashmead, el abogado de Wallow.

–Si ha venido a denunciarme por la manifestación de esta tarde en Wallowyck, pierde el tiempo –dije–. No hay en la tierra sufrimiento más grande que el que ahora padecemos, mientras veo cómo se muere mi madre.

–He venido para hablar de otro asunto –respondió–. Míster Wallow ha muerto.

–¡Larga vida a míster Wallow! –gritó mi padre desde la cocina.

–Acompáñeme, por favor –dijo el abogado.

–¿De qué quiere hablarme, míster?

–Es usted el heredero de míster Wallow, de sus minas, sus fábricas y su dinero.

–No comprendo.

Mi madre exhaló un penetrante sollozo. Tomó mis manos entre las suyas y dijo:

–¡La verdad del pasado no es más penosa que la de nuestra triste vida! He querido ocultártelo durante todos estos años, pero la verdad es que eres su único hijo. De joven yo servía a la mesa en la gran mansión, y él se aprovechó de mí una noche de verano. Eso contribuyó a la destrucción de tu padre.

–Le acompañaré, señor –dije a míster Ashmead–. ¿Lo sabe miss Emily?

–Miss Emily se ha ido.

Regresé esa noche a Wallowyck y traspasé sus magnas puertas en calidad de dueño. Pero Emily no estaba allí. Antes de la llegada del día de Año Nuevo, ya había enterrado a mis padres, reabierto las fábricas con un régimen de participación en los beneficios y llevado la prosperidad a laciudad de X, pero al vivir en Wallowyck conocí una soledad que jamás había experimentado antes...

Me horroricé, por supuesto, y me sentí enfermo. Lo prosaico de mi entorno convirtió en nauseabunda la puerilidad del relato. Volví rápidamente a la noble sala de espera, con sus límpidos paneles de luz coloreada, y me senté junto al expositor de libros de bolsillo. Las cubiertas sensacionalistas y las promesas de descripciones gráficas del comercio sexual parecían concordar con lo que acababa de leer. Supongo que lo que había ocurrido era que, a medida que la pornografía pasaba a formar parte del dominio público, aquellas paredes de mármol, aquellas inmemoriales sedes de semejante diversidad, se habían visto obligadas a proteger, en defensa propia, la más refinada tarea literaria. Consideré la idea desconcertante y revolucionaria, y me pregunté si en uno o dos años más habría que leer la poesía de Sara Teasdale en los urinarios públicos, mientras el rey de Suecia honraría a cualquier zafio de pensamientos sucios. Llegó mi tren y me alegré de abandonar Indianápolis y dejar –así lo esperaba– mi hallazgo en el Medio Oeste.

Fui al vagón restaurante y tomé una copa. Enfilamos a toda velocidad hacia el este a la altura de Indiana, asustando a vacas y gallinas, caballos y cerdos. La gente saludaba con la mano al tren según pasaba: una chiquilla con una muñeca boca abajo, un anciano en una silla de ruedas, una mujer de pie en la puerta de una cocina con rulos en el pelo, un joven sentado en un camión de transporte. Sentí que el tren brincaba hacia delante en las rectas, oí sus pitidos, la campana de peligro en los pasos a nivel estallaba como una trombosis coronaria y las junturas de las vías ejecutaban un bajo de jazz versátil, estimulante y fugaz como una brillante improvisación en el latido de un corazón, y el viento resonaba en la caja de frenos como las últimas, roncas grabaciones de la pobre Billie Holiday. Tomé dos tragos más. Cuando abrí la puerta del retrete del coche-cama contiguo y vi que las paredes estaban recubiertas de escritura, reaccioné como si estuviera recibiendo muy malas noticias.

No quería leer nada más; no en aquel momento, Wallowyck ya me bastaba para un día. Lo único que quería era volver al vagón restaurante, beber algo y afianzar mi saludable indiferencia por las fantasías de aquellos desconocidos. Pero el texto estaba allí, era irresistible, se diría que formaba parte de mi destino; y, aunque lo leí con amarga desgana, terminé el primer párrafo. Lo más destacado era la caligrafía.

¿Por qué no tienen un geranio en su ventana todos aquellos que pueden permitirse el lujo? Es muy barato. Incluso resulta casi gratuito si se cultiva a partir de una semilla o un esqueje. Es hermoso, y acompaña. Endulza el aire, regocija la vista, nos vincula con la naturaleza y la inocencia, y podemos amarlo. Y aunque el geranio no puede corresponder a nuestro amor, tampoco nos odia, le es imposible proferir un reproche odioso ni siquiera en el caso de que lo descuidemos, porque es todo belleza, carece de vanidad, y siendo así y teniendo en cuenta que su existencia sólo es capaz de procurarnos bien y complacernos, ¿cómo podríamos descuidarla? Pero, por favor, si elige un geranio...

Cuando volví al bar, oscurecía ya. Me sentí trastornado por aquellos sentimientos tiernos y deprimido por la general melancolía del campo a aquella hora. Lo que había leído ¿era la expresión de un irrefrenable amor por el rebuscamiento y la inocencia? Fuera lo que fuese, sentí entonces la clara responsabilidad de contar lo que había descubierto. Nuestro conocimiento de nosotros mismos y de los demás, en un momento histórico de volubles cambios, es inseguro. Poner trabas a nuestras observaciones, curiosidad y meditación sería pura temeridad. El tercer hallazgo fortuito me demostró que este tipo de literatura estaba muy extendido. Si tales extravagancias fuesen registradas y valoradas, pensé podrían esclarecerenormemente el misterio de nuestra psique y acercarnos un poco más al mundo secreto de la verdad. Mi investigación tenía aspectos nada convencionales, pero, si nos conformamos con menos que perspicacia, valentía y honradez para con nosotros mismos, somos despreciables. Tengo seis amigos que trabajan para diversas fundaciones, y decidí llamar su atención sobre el fenómeno de los escritos en los urinarios públicos. Sabía que habían otorgado becas para poesía, investigación zoológica, estudios sobre la historia de las vidrieras y sobre el significado social de los tacones altos, y en aquel momento el hábito de escribir en los urinarios parecía ser un sendero –uno de los muchos caminos de la verdad– que exigía exploración.

Al volver a Nueva York concerté una comida con mis amigos en cierto restaurante situado en una de las calles Sesenta que tenía comedor privado. Pronuncié mi discurso al final de la comida. Mi mejor amigo fue el primero en contestar.

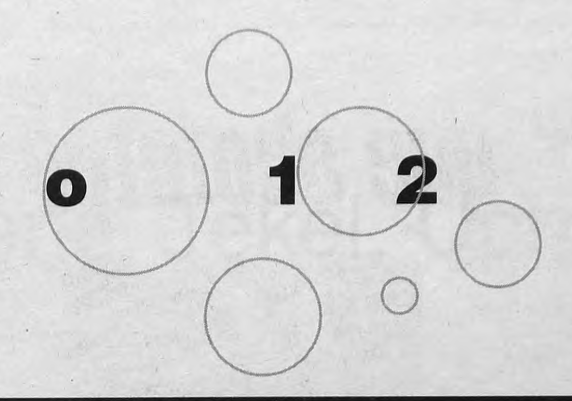
–Has estado fuera demasiado tiempo –dijo–. Ya no estás en onda con el país. Aquí no nos interesan esas cosas. Hablo por mí, naturalmente, pero creo que la idea es repulsiva.

Eché una ojeada a mi propio aspecto y vi que llevaba un chaleco de seda cruzado y zapatos puntiagudos amarillos, y supuse que mis palabras habían tenido el tono amanerado y monótono de la mayoría de los expatriados. Las acusaciones de mi amigo –la idea era forastera, extraña e indecente– parecían inapelables. Pensé entonces (y sigo pensándolo ahora) que lo que le desconcertaba no era lo indecoroso de mi descubrimiento, sino el carácter explosivo que éste tenía, y que mi amigo se había sumado durante mi ausencia a las filas de esos hombres nuevos que opinan que ya no se puede utilizar la verdad en la resolución de nuestros dilemas. Se despidió y los demás se fueron marchando uno tras otro, todos ellos de acuerdo en que yo había estado fuera demasiado tiempo y estaba desfasado con respecto a la decencia y al sentido común.

Regresé a Europa pocos días después. El avión a Orly despegó con retraso; maté el tiempo en el bar, y en un momento dado busqué los urinarios. Esta vez el mensaje estaba escrito sobre un azulejo. "¡Brillante Estrella!", leí, "si yo fuera constante como tú, la noche no pendería en el aire con solitario esplendor..." Eso era todo. Anunciaron mi vuelo y volé por los aleros del cielo de regreso a la ciudad de la luz. ●

Reproducido por gentileza de Editorial Bruguera.

JUEGOS

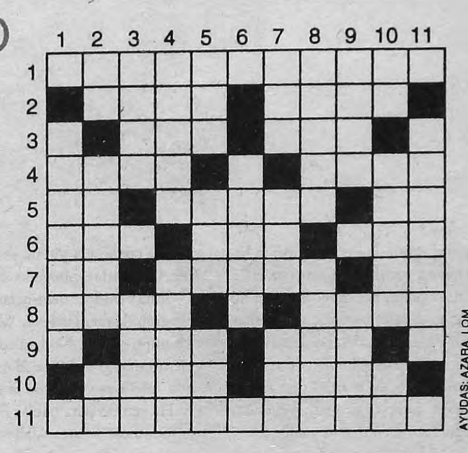


CRUCI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

CONMOVEDOR · NUEVO O PRINCIPIANTE · ESTADIO · DE LA EÓLIDA · ENVENENA · PERÍODO DE 24 HORAS · CAPTURASE · INMEDIATAMENTE DESPUÉS · APÓCOPE DE MOTOCICLETA · ETERNIDAD · UNIDAD DE LUMINANCIA · DE FORMA DE ÓVALO · BUEY DEL HIMALAYA · ABURRIDO, FASTIDIOSO · ESCUELA ARTÍSTICA DE 1917 · HUESO DE LA CADERA · AISLANTE ELÉCTRICO · CALDOS DE LEGUMBRES · ESCOGIESEN · OPERA DE VERDI · RELATIVAS A LA ÓSMOSIS · ("LA ... DE MILÁN") TEATRO LÍRICO · PERCIBIRÁ UN AROMA · (MARQUÉS DE) ESCRITOR FRANCÉS · FOCO DE ILUMINACIÓN · SANE · NEOCATÓLICAS · CALABAZA PEQUEÑA · CAMPEONES · (ELEONORA) ACTRIZ ITALIANA · INNOVACIÓN, MEJORA · ANSIA, ANHELO · INCULPADOS

CLASICO



AYUDAS: AZARA, LOM

HORIZONTALES

1. Insensible.
2. Valla vegetal./ Parte interna del aparato auditivo.
3. Tiza./ Siglas de la Comunidad Económica Europea.
4. Traje de etiqueta./ Tacha, defecto.
5. Forma de pronombre./ Dotado de alas./ "El mago de...".
6. Autillo./ Madre de la Virgen./ Manto de los beduinos.
7. Moneda mejicana que vale tres centavos de peso./ Mentira./ Abreviatura de opus.
8. Suficiente./ Crasitud de la leche.
9. Bovino tibetano./ (Herbert) Actor inglés.
10. Fruto del peral./ Padre de Matusalén.
11. Enranciarse.

VERTICALES

1. Disminuir la tirantez.
2. Iniciales de la actriz Schell./ Desafíos./ Símbolo del praseodimio.
3. Golpea./ Día que precedió al de hoy.
4. Moral, parte de la filosofía./ Conturba, asusta.
5. Uno más uno./ Fogón./ Perro.
6. Curar.
7. Ave fabulosa./ Otorgan./ Moneda rumana (pl.).
8. Hijo del hijo./ Arbol anonáceo.
9. Concepto, noción./ Sentimiento elevado.
10. Nota musical./ Autómata./ Símbolo del cesio.
11. Pasta de almendra y azúcar cocida al horno.

EL ESLABON

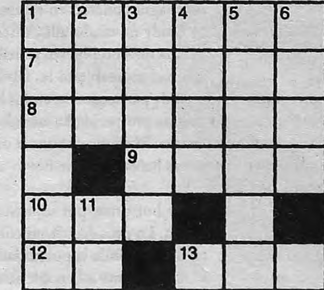
Coloque sobre cada guión uno de los grupos de letras de la lista, de modo que con la última sílaba de la palabra precedente y la primera de la siguiente quede formada una nueva palabra. Al terminar, los grupos insertados formarán una frase.

TROPAS _ SOLIMAN _
NASAL _ ASPIRARE _
CONSOLA _ NOVELE _
SOLARES _ TOMISMO _
SACUDE _ ROMANICO _
DOCE _ RETUERCE _
RONCARIAS _ TARTAJEES _
DOMINARE _ ZOCALO

Grupos de letras: CHA, CHO, CO, CU, DI, DIE, DO, ES, ES, MO, NA, PE, RO, TA, TO.

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).



HORIZONTALES

1. Semeja.
7. Atraca.
8. Lejana.
9. Sosa.
10. Sed.
12. Lo.
13. Mes.

VERTICALES

1. Apodar.
2. Líe.
3. Moras.
4. Seco.
5. Recata.
6. Reas.
11. Le.

SOLUCIONES

CRUCI-CLIP

CLASICO

EL ESLABON

Pastoso, mandona, salesas, retacón, ladino, lechoso, respeto, morosa, decoro, cómodo, cenaré, cedieron, asestar, escudo, rechazo.
"Todo está dicho, pero como nadie escucha..." André Gide.

¿ANAGRAMA O SINONIMO?